



BIBLE STUDIES THAT WORK

Epifanía 1 (A)

11 de enero de 2026

LCR: Isaías 42:1-9; Salmo 29; **Hechos 10:34-43**; Mateo 3:13-17

Oración inicial |

Padre Celestial, que en el bautismo de Jesús en el río Jordán lo proclamaste tu Hijo Amado y lo ungiste con tu Santo Espíritu: Permite que cuantos han sido bautizados en su nombre guarden tu pacto y confiesen con valentía que él es Señor y Salvador; quien contigo y con el Espíritu Santo vive y reina, un solo Dios, en gloria eterna. Amén.

Contexto |

El primer domingo después de la Epifanía reúne dos temas: la revelación y el bautismo. La Epifanía proclama que la gloria de Dios no está oculta ni reservada, sino revelada, hecha visible en Jesucristo para la vida del mundo. El Bautismo de Nuestro Señor continúa esa revelación mostrando qué tipo de Mesías es Jesús: el Hijo amado, ungido por el Espíritu y enviado no para unos pocos elegidos, sino para todos.

Hechos 10:34-43 marca un momento decisivo en el desarrollo de esta revelación. El apóstol Pedro ha llegado a Cesarea, a la casa de Cornelio, un centurión romano. Cornelio no forma parte de la comunidad de Pedro por nacimiento, cultura o costumbres. Sin embargo, Dios se ha adelantado a ambos hombres —a través de visiones, mensajeros y una providencia inesperada— de tal manera que Pedro y Cornelio terminan en la misma habitación, enfrentándose a la misma pregunta: ¿Qué está revelando Dios ahora?

El discurso de Pedro es uno de los resúmenes más claros de la proclamación cristiana primitiva. Comienza con la imparcialidad de Dios, pasa por la vida y el ministerio de Jesús, menciona su muerte, anuncia su resurrección y termina con la promesa del perdón. Este discurso no es simplemente una lección de historia, es una declaración de Epifanía. La gloria de Dios se revela no como una visión espiritual privada, sino como una buena noticia pública: la paz a través de Jesucristo, el ungido que anduvo haciendo el bien, cuya vida fue entregada, cuya muerte fue real y cuya vida resucitada sigue rehaciendo lo que los seres humanos asumen sobre quién pertenece.

La narración del bautismo que encontramos en el texto de Mateo designado para hoy puede servir de complemento al pasaje de los Hechos, ya que se hace eco de la misma revelación en un tono diferente. El Espíritu descende y Jesús es nombrado como amado. En el discurso de Pedro en los Hechos, vemos cómo ese amor —verdadero para Jesús y para todos nosotros— se convierte en misión, testimonio y misericordia cada vez más amplia.

Reflexión teológica |

La Epifanía es la temporada en la que se revela la gloria de Dios, no como un resplandor abstracto, sino como Dios dando a conocer su propia vida y amor en Jesucristo por el bien del mundo. Hechos 10:34-43 ofrece un momento de Epifanía particularmente fundamentado. La «revelación» aquí no es una percepción espiritual privada o una manifestación dramática en el cielo; es una revelación pública del corazón y el alcance de Dios. En una casa donde Pedro no habría imaginado que Dios estuviera presente, el Espíritu lo lleva a pronunciar una frase que lo aclara todo: «Dios no hace diferencia entre una persona y otra».

En el desarrollo de la historia, esas palabras no son un principio general ofrecido desde una distancia segura. Son una confesión moldeada por el encuentro. Pedro está aprendiendo, por iniciativa de Dios, que la misericordia divina no se distribuye según los límites familiares o las expectativas heredadas. La gloria de Dios se revela en la amplitud de su acogida: «En cualquier nación acepta a los que lo reverencian y hacen lo bueno». La primera afirmación teológica del pasaje, entonces, no se refiere a los logros humanos. Se refiere a la generosidad divina. Dios ya está obrando, ya se está acercando, ya está ampliando el círculo de maneras que sorprenden incluso a los fieles.

A partir de ahí, el testimonio de Pedro desarrolla el contenido de esta revelación: «Dios habló a los descendientes de Israel, anunciando el mensaje de paz por medio de Jesucristo, que es el Señor de todos». La paz en Hechos no es simplemente la calma interior. Es la acción reconciliadora de Dios que restaura lo que está fracturado. Esta paz se proclama a través de Cristo y se basa en la confesión de que Jesús es «el Señor de todos». Esa breve frase rechaza un evangelio reducido. Indica que Jesús no es simplemente un maestro local o una opción espiritual privada. El que se reveló en el Jordán y se proclamó en Hechos es aquel a través del cual Dios quiere la integridad para el mundo.

El resumen de Pedro se centra en la vida ungida por el Espíritu de Jesús: «Dios llenó de poder y del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret, y que Jesús anduvo haciendo bien y sanando a todos los que sufrían bajo el poder del diablo». La gloria que se revela en la Epifanía toma aquí una forma particular en las palabras de Pedro. No se describe como un espectáculo o una dominación, sino que se revela en la compasión, la liberación y la misericordia restauradora. La unción del Espíritu conduce a Jesús hacia los que sufren y los oprimidos. La luz de la Epifanía, en este pasaje, es una luz sanadora, un resplandor que se acerca, en lugar de cegar desde la distancia.

El pasaje también se niega a suavizar el evangelio omitiendo la cruz. Pedro habla con claridad: «Lo mataron, colgándolo en una cruz». La fe cristiana no niega la capacidad del mundo para la violencia o la injusticia; confiesa que Dios entra en el mundo tal como es y se toma en serio todas las heridas. Sin embargo, la historia no termina con la muerte: «Dios lo resucitó al tercer día». La resurrección se presenta como la revocación decisiva de Dios del dominio de la muerte. Y el Cristo resucitado no se describe como un rumor o una idea, sino como alguien con quien se ha tenido un encuentro: visto por testigos, conocido en tiempo real, compartiendo comidas. La gloria de Dios se revela como una vida más fuerte que la muerte y una comunión más fuerte que el miedo.

Finalmente, Pedro nombra el papel de la iglesia dentro de esta revelación. El testimonio no es triunfalismo. No es control. Es un discurso fiel y una vida fiel, moldeados por lo que se ha visto y recibido. En Hechos 10, el Espíritu ya está ampliando el sentido de Pedro sobre dónde pertenece el testimonio y cómo funciona. El testimonio no debe permanecer en lugares familiares; se pronuncia en hogares inesperados, entre personas que antes se consideraban «ajenas». Esta ampliación forma parte del don de la Epifanía: la gloria de Dios se revela precisamente donde los seres humanos suponían que no estaría.

El discurso termina con una promesa: «Quienes creen en él reciben por medio de él el perdón de los pecados». El perdón aquí significa la liberación hacia una nueva vida y la restauración de las relaciones.

En la fiesta del Bautismo de Nuestro Señor, esta promesa puede escucharse como la invitación constante de la Iglesia: el Hijo amado se revela para muchos, el Espíritu se da para la sanación del mundo y el alcance del evangelio se muestra tan amplio como la misericordia de Dios.

Preguntas para la reflexión |

- La Epifanía es una temporada de revelación. ¿Qué te revela Hechos 10 sobre el carácter de Dios? ¿De qué manera esa revelación es una buena noticia para nosotros?
- Pedro describe a Jesús como ungido por el Espíritu, dedicado a hacer el bien y sanar la opresión. ¿Dónde podría ser más necesaria esa forma de presencia divina en el mundo en este momento?
- ¿Cuál es la diferencia entre dar testimonio y ganar? ¿De qué manera este pasaje guía a la iglesia hacia un testimonio veraz y humilde?
- Las primeras palabras de Pedro («Dios no hace diferencia entre una persona y otra») llegan en un hogar inesperado. ¿En qué lugares sorprendentes podría Dios estar revelando hoy la amplitud de su misericordia? ¿A qué lugares inesperados estamos llamados a entrar y dar testimonio?
- ¿Qué encierra la promesa del perdón en este pasaje: consuelo, libertad, un nuevo comienzo, la restauración del sentido de pertenencia, o algo más?

La fe en la práctica |

Practique la atención a la Epifanía esta semana. Observe dónde aparece la gloria de Dios, siguiendo el patrón que describe Hechos: paz, misericordia, sanación y una bienvenida más amplia. Cada día, ofrezca una breve oración pidiendo ojos para reconocer a Cristo obrando en lugares comunes. Luego, elija un pequeño acto que refleje la revelación del pasaje sobre la forma de la gloria: un acto de reconciliación, una bondad concreta o una presencia atenta que ayude a alguien a experimentar dignidad y paz.

El reverendo Quincy Hall es seminarista y diácono transitorio en la Diócesis Episcopal de Alabama, donde discierne su vocación al ministerio parroquial, donde el culto da forma a la comunidad y la gracia se encuentra con la vida cotidiana. Entiende los sacramentos no solo como momentos sagrados, sino como lentes sagradas que nos enseñan a honrar, servir y caminar junto al mundo con reverencia. Esta visión fundamenta su predicación, su escucha y su presencia pastoral. Quincy está completando una Maestría en Divinidad en el Seminario Episcopal Bexley Seabury de Chicago y trabaja en la Universidad de Alabama, ayudando a los estudiantes a prosperar como líderes en una sociedad global cada vez más diversa. Tiene una licenciatura en Sociología y una Maestría en Educación en Consejería de la Universidad de Montevallo. Más allá del ministerio y el trabajo, le gusta hacer música, viajar y dar largos paseos con su schnauzer miniatura, Francis.



Los Sermones que Iluminan y los Estudios Bíblicos que Iluminan son una oferta conjunta de Forward Movement y la Oficina de Comunicación de la Iglesia Episcopal.

<https://www.episcopalchurch.org/sermones-que-iluminan/>